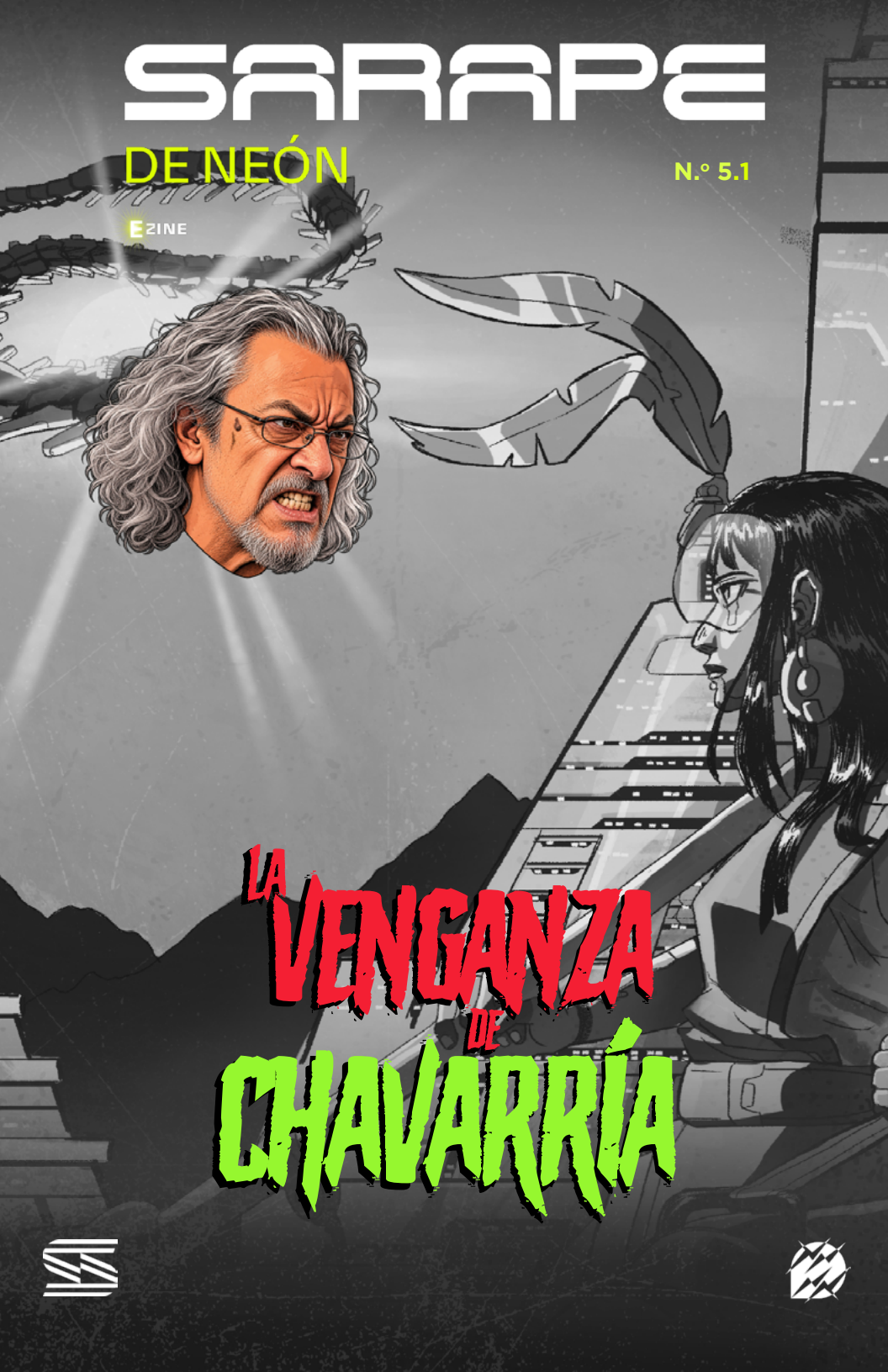
SARRAPE

DE NEÓN

N.º 5.1

EZINE



LA VENGANZA DE CHAVARRÍA

LA VENGANZA DE CHAVARRÍA

SARAPE DE NEÓN

Ezine del
Blog Ciencia Ficción México

N.º 5.1
Número especial
Noviembre de 2026

LA VENGANZA DE CHAVARRÍA

LA VENGANZA DE CHAVARRÍA

Sarape de Neón 5.1: La venganza de Chavarría
Número especial. Noviembre de 2026
Ezine del Blog Ciencia Ficción México
Los derechos de las obras pertenecen a sus creadorxs
Coordinador del número: Rafael Alvazález
Director del proyecto: Axel Lima Muñiz
Comité editorial: Héctor Sapiña y Axel Lima Muñiz
Diseño editorial: Citlalli Espinoza Rojas y Rafael Alvazález
Ilustración de portada: Esteban Núñez Monroy 'JudgeTheSun' intervenda por Rafael Alvazález

Nota editorial

Sí, afortunadamente, nuestro querido Héctor Chavarría sigue vivo.

Todo lo aquí publicado ha sido autorizado por el propio Héctor, incluyendo las imágenes usadas para difundir esta versión complementaria del *ezine*. Cabe mencionar que tomó con humor todas las reacciones provocadas por su supuesto fallecimiento.

No diremos más al respecto, pues dejaremos esa tarea para los textos aquí presentes.

El Comité Editorial

Calaverita al Gran Reformador

Rafael Alvazález

Muy impaciente ya estaba
la Calaca hace dos meses,
algún alma se buscaba
que probara sus reveses.
Y como era el patrio mes
quiso un patriota granjearse,
y pretendió al que una vez
pudo de España adueñarse
y aun de la bárbara Europa
bajo el *plantli* vencedor
de la anahuaquense tropa
de aquel Gran Reformador.
Pero hacía muchos años
que el patriota estaba ausente
del público ojo y sus daños
y leyenda era viviente.
Mendiga entre sus amigos
la Parca alguna noticia:
de que vive no hay testigos,
que falleció es la primicia.
Se entristece y se extraña
la Huesuda ante el rumor:
¿cómo escapó a su guadaña
ese Gran Reformador?
Quizá a otro tiempo él se fue
o bien, a otra dimensión,

porque es lo que hacen los que
escriben ciencia ficción.
La Muerte, de puro enojo,
de un incauto el sueño inspira,
un editor más bien flojo
que publique la mentira:
"Ha muerto Héctor Chavarría,
largo y próspero vivió".
No espera la algarabía
del internet, que exigió
para el editor, la cruz,
y del autor, su presencia,
porque salen a la luz,
ahora sí con gran urgencia,
los amigos del patriota
que ignoraban si vivía
y ya quieren una nota
que aclare tanta apatía.
Solo hubo uno entre ellos
que la muerte desmintió,
mas la Muerte y sus degüellos
saben ya adó se metió
Chavarría y sus historias,
que aún no piensa abandonar;
le quedan muchas memorias
que en papel quiere plasmar.
"Vente conmigo —le ordena—,
que tu hora ya te llegó."
"¡Nel, que mi pluma aún truena
y hay mucho que escribo yo!"
La Calaca, enfurecida,
su guadaña levantó,
mas él, por guardar la vida,
una pistola sacó.

¡Pum! La Parca cayó al suelo,
retumbó hasta el panteón;
Chavarría alzó su vuelo
con rumbo a otra dimensión.
"¡Volveré por ti, escritor,
no te me vas a escapar!"
"Ve primero por quien, traidor,
me quiso ver expirar."
Lo jura así la Huesuda
y dice que empezará
por la pluma humilde y ruda
que estos versos firma ya.

INTERTEMP-POL
Notificación Roja
SE BUSCA A NIVEL INTER-TEMPORAL HÉCTOR “N”

Héctor Sapiña

REGIÓN SOLICITANTE: Meksicou, Oficina Central del Distrito 3 de North America
ACCIÓN SOLICITADA: Localización y detención provisional con miras a extradición hacia Terra, Línea Temporal (LT) 1
ÁREAS DE BÚSQUEDA RECOMENDADAS: Región México, Terra, Líneas Temporales 12, 2.1, 1.4, 64, 27, 15.21
REFERENCIA: OCD2-NA/INV/1985/2026/CHAV
APELLIDO: Chavarría
NOMBRE: Héctor
ALIAS: ‘Chino’
SEXO: Masculino
NACIMIENTO: Mérida, 1950 [buscado y no encontrado en el período de LT 1]
NACIONALIDADES: Mexicana, Anahuaquense, Vulcana, China (?) [No hay datos suficientes para corroborarlo]
DELITO PRINCIPAL: Desplazamiento intertemporal no autorizado
DELITOS ADICIONALES:
- Evasión de registros ante el Estado Interglobal y geotempolocalización en vivo
- Ejecución de actos “ficticios” que contradicen la historia legítima del Estado Interglobal

PERIODO DE LOS HECHOS: 1985-2026 (Terra LT1)

RESUMEN DE LOS HECHOS:
Entre los años de 1985 y 2026 de la línea temporal indicada, Héctor 'Chino' Chavarría ha participado en múltiples esquemas destinados a hurtar y difundir hechos históricos de líneas temporales ajenas a la suya —cuya visita y acción se encuentra clasificada como NO AUTORIZADA para civiles de Terra 1, según la ley continuamente vigente del Estado Interglobal— dentro de fraudes documentales que se encubren como CIENCIA FICCIÓN, IMAGINACIÓN ESPECULATIVA y/o UFOLOGÍA.

Tras un aviso de clasificación como SUJETO PERNICIOSO enviado desde el año 2051 al 2013 (Terra LT1) a un Federico Schaffler —persona investigada— por el Departamento de Inteligencia Intertemporal de la Secretaría de Asuntos Crónicos del Subgobierno de Meksicou, en coordinación con la Fundación para el Beneficio del Orden Transversal de la Organización de las Naciones Unidas bajo tutela de la United Interdimensional Force del Estado Interglobal, donde se solicitaba al susodicho Schaffler informar al imputado sus cargos por interceptar el flujo temporal de Anáhuac en 1519 y publicar en 1985 de Terra 1 evidencias de sucesos históricos que produjeron el universo real de Terra 12 [denominación del catálogo de la UIF], que ha sido aislado por considerarse apócrifo y sedicioso, el imputado Chavarría se ha negado a ser removido de su tiempo para presentarse al tribunal en algún momento de su vida.

Desde-durante entonces, los departamentos de inteligencia crónica de su región han perdido rastro de Héctor 'Chino' Chavarría, quien el 15 de septiembre de 2026 fue declarado ambiguamente fallecido por un Rafael Alvazález —prófugo— en un me-

dio conspirativo que opera bajo el código "Sarape de Neón", subclasificación "5 - Mexanacronías". Este departamento presume que Alvazález encubre la fuga del imputado hacia otra línea temporal...

[...] COMUNICACIÓN INTERRUMPIDA [...]

INTERTEMP-POL
COMUNICACIÓN OPERATIVA (INTERNA)

ASUNTO: Localización de personas objeto de Notificación Roja
REFERENCIAS: OCD2-NA/INV/1985/2026/CHAV, OCD2-NA/1993/2026/ALV
PERSONAS: Héctor 'Chino' Chavarría; Rafael González Alva 'R Alvazález' †
ESTATUS DE LA NOTIFICACIÓN: Personas localizadas
FECHA Y LUGAR DE LOCALIZACIÓN: 17 de septiembre de 2026
AUTORIDAD QUE COMUNICA: Cartel Cienciaficcionero Nueva Generación (CCNG)
I*NFORMACIÓN OPERATIVA*:
Se informa que las personas identificadas anteriormente han sido localizadas en territorio de Meksicou. Las oficinas de la Intertemp-pol de la subregión han sido notificadas de conformidad con los procedimientos aplicables.

RESUMEN DE LOS HECHOS:
El 1 de noviembre de 1519, Línea Temporal 12, en la zona catalogada como "Paso de Cortés", 'Chino' Chavarría y 'R Alvazález' se encontraron sin planearlo —según la declaración del primero— en Tlamacas; presuntamente llegaron utilizando los físicodesplazadores L30NY-DON-4 y L30NY-DON-8, clasifica-

dos como “extraviados” en el inventario del EI, si bien, el testimonio de Chavarría indica “llegué por un rayo mientras descendía por el Popocatépetl”.

Los físicodesplazadores no han sido hallados, pero se han asegurado un revólver .44 y una automática .45 que portaba Chavarría, así como 75 rifles calibre 7.62 que portaba Alvazález. Se presume que este intentaba, fútilmente, usurpar la identidad del Gran Reformador de la Línea Temporal 12, portando dichas armas.

Chavarría entregó el armamento junto con el cuerpo de Alvazález, a quien —según su declaración— “disparé en su cara cuando se abalanzaba sobre mí con una mueca de estupefacción, luego de enterarse de que yo siempre he sido Quetzalcóatl, y el matarme en una ficción suya no bastó para suplantarme. Después, yo y mis tres camaradas acabamos con los no-conquistadores; las armas de Alvazález nos sirvieron [...]. La nieve se tiñó de escarlata.”

MEDIDAS ADOPTADAS:
Por solicitud expresa del Estado Interglobal, Héctor ‘Chino’ Chavarría ha sido declarado héroe internacional, retirando todos los cargos en su contra. Por su parte, el cuerpo de Alvazález ha sido retenido para interrogación cerebral sobre la investigación en curso bajo el código “Sarapes de Neón”.

DOCUMENTACIÓN RELACIONADA:

- “Notificación Roja OCD2-NA INV/1985/2026/CHAV”
- “Auto que resuelve solicitud de orden de aprehensión contra Rafael Alvazález, autor y difusor de ucronías”

- “Sarape de Neón 5 – Mexanacronías”
- “Federico Schaffler, declarado Sujeto Pernicioso”

Preludio anecdótico a una gran crónica

Rafael Alvazález

Era un lunes de 1984. El lugar, el aparentemente extinto bar El Dorado, sobre la avenida Insurgentes de la capital mexicana. Allí se habían reunido Mauricio-José Schwarz —ganador ese año del primer Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción por su cuento "La pequeña guerra"—, Héctor Chavarría, Pedro Brull, Enrique Loubet y Mario Méndez Acosta. Como era costumbre, los lunes eran días de tertulia. Aquella vez, entre un tema y otro, alguien sacó a colación la conocida anécdota sobre el origen de *Frankenstein*: la reunión en la que Mary Shelley, Lord Byron y otros escritores se propusieron crear relatos de terror. La ocurrencia se antojó imitable, aunque con una variación: en lugar de historias de fantasmas y monstruos, escribirían cuentos de ciencia ficción.

Al siguiente lunes, término del compromiso, solamente dos de los cinco asistentes habían escrito algo. Pedro Brull, en sintonía ucrónica, presentó un relato en el que la domesticación del bisonte americano alteraba el curso de la historia y, con ello, el destino de los pueblos de América. Héctor Chavarría, por su parte, llevó el primer borrador de la "Crónica del Gran Reformador", la cual no había nacido como un cuento, sino que era originalmente un capítulo de una novela más extensa que su creador

tenía en mente. El corsé de cuento vino al año siguiente impuesto por el deseo de participar en la segunda edición del mismo premio que había ganado Schwarz, el ahora codiciado premio Puebla de 1985 que —como la historiografía literaria de ciencia ficción mexicana bien sabe— la ucrónica crónica ganó.

Un detalle que dicha historiografía no consgina, empero, es que la entrega del galardón tuvo un protagonista inesperado: el mismísimo presidente de México, Miguel de la Madrid. No se trató de una audiencia solicitada ni de una distinción especial. Sencillamente, el presidente se encontraba de visita en Puebla y las autoridades locales tuvieron la ocurrencia de invitarlo a entregar el premio. Chavarría cuenta con algo de orgullo nacionalista que ha sido el único premiado con el Puebla que recibió el galardón de manos de un presidente.

El premio también tuvo consecuencias institucionales. A raíz de aquel reconocimiento, Chavarría y Schwarz decidieron fundar una asociación de escritores de ciencia ficción y fantasía, que con el tiempo se convertiría en la conocida —extinta y rejega a reinstaurarse—Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (AMCYF), prestigiosa desde inicio porque sus miembros la coformaban únicamente escritores de ciencia ficción galardonados: Chavarría y Schwarz —chiste que el primero suele sacar a colación cuando habla de la Asociación.

Pero regresemos, por un momento, a la literatura en sí. A pesar de la fama de la "Crónica del Gran Reformador" —su autor, por cierto, no poco se queja de que la gente crea que esta es lo único que ha escrito en su vida—, el texto no se conforma con la estructura de cuento, pues su concepción fue, como se dijo,

novelística. Ya conclusa e inédita, entre los archivos digitales del Chino Chavarría yacen las *Crónicas del Gran Reformador*, una novela que aborda la historia alternativa en la que fuerzas mexicas y mayas conquistan los "reinos bárbaros de Europa". Sus acontecimientos no se narran desde una perspectiva única, sino que son reconstruidos, discutidos y analizados por distintos historiadores del futuro —colegas del profesor Ahui Xocoyotzin— de aquella línea temporal. Esperamos sinceramente que su autor pueda ver publicada en vida esta novela —en este fortín de la CFM hacemos ya esfuerzos porque así sea.

Concluímos con una nota para la biografía de nuestro autor. La notoriedad que le proporcionó el premio llegó a oídos de un grupo de indigenistas mexicas, quienes, tiempo después, lo invitaron a participar en una ceremonia de bautizo en las alturas del Popocatépetl. La intención era otorgarle un nombre prehispánico y, tras la ceremonia, Chavarría recibió el de Ehécatl Canek. Uno en alusión al reformador de su crónica, quizá el que más se parece al propio Chavarría, y otro en honor a sus raíces yucatecas.

Un premio, un presidente, una asociación, una novela y un nombre prehispánico: no está mal para una tarea que se había dejado de lunes a lunes. Quizá si alguien nunca hubiera dado por muerto a Héctor Chavarría, estas anécdotas nunca se hubieran publicado. O sí, pero en otra línea espaciotemporal.

Crónica del Gran Reformador[1]

Héctor Chavarría

Nota a la primera edición completa:

La circulación clandestina del epílogo de la obra de Ehécatl, *Lo que no fue*, publicada bajo el título *Lo que sí fue*, dio lugar —en el pasado— a polémicas amargas. Sea o no verdad lo que en ella se dice, importa poco en la actualidad; nuestra identidad de raza está muy por encima de sucesos tan antiguos como los que se relatan, por lo que no existe razón para clandestinidad alguna. Esta publicación se hace directamente de los originales del autor contenidos en la Biblioteca Nacional del Gran Teocalli y se complementa con un fragmento de la conferencia dictada por Ahui Xocoyotzin, máximo catedrático de Historia y Leyenda de la Universidad de Anáhuac, 500 años atrás, titulada "Vida y Obra del Gran Reformador".

El Editor

* * *

[1] Tomado, con autorización del autor, de Héctor Chavarría, "Crónica del Gran Reformador", en *Auroras y horizontes. Antología de cuentos ganadores. Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción 1984-2012*. Puebla: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Puebla/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla/El Colegio de Puebla/Universidad Iberoamericana Puebla, 2013, pp. 21-33.

Eran cuatro.

El médico que se odiaba a sí mismo por haber sido incapaz de salvar al paciente que más le importaba en el mundo.

El escritor, frustrado por no poder hallar las palabras adecuadas para narrar sus sueños.

El ingeniero que soñaba con el diseño perfecto a sabiendas de que no lograría realizarlo.

El socorrista que no había podido salvar la vida de su mejor amigo.

Estaban en el Popocatépetl, atados a la misma cuerda y en la ruta central. Descendían cuando los golpeó el rayo.

Quizá no fue un rayo, pero los derribó hacia la negrura después del blanco deslumbrante. Sin aviso previo, sin advertencia de tormenta eléctrica. Un rayo seco. Pero... ¿fue un rayo?

Cayeron desde el arranque de la grieta hacia las rampas, golpearon el hielo y luego una capa de nieve compacta. En la fracción de segundo que siguió pasando de la oscuridad absoluta a la claridad normal, los cuatro lograron frenar su caída usando los piolets como anclas. Cuando cesó el tintineo del equipo zarandeado, solo hubo silencio.

El primero en reaccionar fue el médico, quizás el más neurótico de los cuatro. De un manotazo se limpió la nieve de la cara y miró a su alrededor, mascullando maldiciones a través de su barba rubia. Un poco más abajo le contestaron las palabrotas del escritor. Los otros guardaban silencio. El médico, alto y musculoso, y el escritor, pequeño y delgado, se incorporaron y miraron perplejos a su alrededor. La montaña, por alguna razón, se veía sutilmente diferente: más llena de nieve, más luminosa...; las piedras

de Nexpayantla, extrañas. Los dos, a pesar de ser parlanchines, se quedaron callados, aferrados a sus piolets, mirando hacia el mismo sitio.

—¿Dónde está Tlamacas? —exclamó el escritor.

—¡Esto no es el Popocatépetl! —gritó el médico como si maldijera.

Todos miraron hacia abajo y guardaron silencio. No había instalaciones alpinas; en vez del albergue, casetas y estacionamiento, solo se veían pinos y una leve neblina.

—Siempre ocurren cosas raras cuando cuatro se amarran a una sola cuerda —comentó el ingeniero mientras se ajustaba la mochila.

Los otros tres le lanzaron miradas homicidas.

—¡Imbécil! —aulló el médico.

—¿Estás ciego, tarado? —gruñó el escritor.

—Mejor lo discutimos en sitio seguro —recomendó el socorrista.

—Pero vamos en dos cordadas —insistió el ingeniero—. No quiero caerme otra vez.

Media hora después, confundidos aún más, habían comprobado la inexistencia de refugios de alta montaña, huellas de personas o grupos de montañistas a lo lejos. Tampoco había huellas del refugio de Texcalco. La montaña estaba limpia salvo el persistente olor a azufre; por ninguna parte se veían señales de contaminación. El ingeniero no había dejado de hablar acerca de la pureza del aire, la ausencia de polución y expresiones similares. Solía ponerse así cuando estaba nervioso. Instintivamente, los cuatro miraban hacia el noroeste, donde grandes cúmulos ocultaban el Valle de México.

—Hace 15 días estuve aquí y todo era normal —dijo uno.

—Yo también —respondió otro, pero después del rayo nada parecía igual.

—¡Se me ocurre una idea! —intervino el ingeniero.

Pero, entonces, las nubes se apartaron un poco y limpiaron el cielo sobre el valle. Los cuatro se quedaron helados confirmando algo que ya sospechaban, pero que ninguno deseaba aceptar. Alguien gimió y hubo maldiciones masculladas más que expresiones de sorpresa.

Limpia, esplendorosa en medio del gran lago, brillaba al sol Tenochtitlán.

Tres días más tarde, cansados, hambrientos y desalentados, permanecían agazapados entre las rocas de la cumbre. Ignoraban a ciencia cierta la fecha en la que estaban, solo sabían que Tenochtitlán —y eso era una suposición— aún no era una ruina desierta y que estaba resistiendo un asedio que solo podía provenir de Cortés y sus aliados. Habían vuelto a trepar, aunque lo correcto hubiera sido lo contrario, porque sentían que en la cumbre estaban más cerca del mundo que conocían, aislados en una pequeña cápsula del siglo XX junto a sus tiendas isotérmicas. Poco más arriba de Tlamacas, se movía una hilera de hombres y los cuatro se turnaban en los binoculares para examinarlos. La columna parecía tratar de encontrar una ruta de acceso al cráter.

—Son españoles y macehuales, no es una procesión religiosa —dijo el escritor.

—Pero ¿a qué vienen? —dijo el médico— ¿Observación militar?, ¿reconocimiento? No creo que estén paseando.

—Quizá buscan azufre, con él pueden fabricar pólvora —intervino el ingeniero.

—La historia —argumentó el socorrista— dice que lo hicieron, pero fue después de la caída de Tenochtitlan. Subieron dos capitanes o soldados de Cortés: Diego de Ordaz y Montaño.

—La historia es muy vaga al respecto —dijo el escritor—, quizá los españoles no quisieron admitir que necesitaron pólvora antes. En todo caso, no podemos bajar a preguntarles.

—Pero, tarde o temprano —dijo el socorrista—, tendremos que bajar; no podemos quedarnos aquí para siempre. Si vamos a hablar con alguien, será mejor con los españoles. Por lo menos ellos podrán entendernos.

—Sí —gruñó el escritor—. También pueden invitarnos a ser parte de una hoguera, no olvides cómo pensaban. Prefiero a los tenochcas.

—Lo que ocurre es que tú estás enamorado de las causas perdidas —intervino el ingeniero—. Los aztecas perdieron la guerra y su mundo se derrumbó. Lo sabemos todos.

—¡Eso importa poco hoy! —gritó el escritor— ¡Soy mexicano y si tuviera que pelear lo haría de parte de mis antepasados y no de unos invasores!

—Recuerda que los españoles también son nuestros antepasados...

—¿Te das cuenta de lo que propones? —intervino el médico con los ojos súbitamente brillantes, aunque su voz era tranquila—. Si intervenimos del lado mexica, cambiaríamos la historia, ¿o no?...

—Perderíamos nuestro mundo —musitó el socorrista.

—¿No lo hemos perdido ya? —inquirió el médico.

El escritor miró a sus compañeros uno por uno, fijamente; también sus ojos tenían un brillo especial. Cuando habló lo hizo con voz profunda, serio, sin

atisbos de la burla tan habitual en él.

—¿Ustedes no han soñado alguna vez ser dioses? ¿No se les ha ocurrido que los pueblos de América merecían mejor suerte?

Volvió a tomar los binoculares mientras sus compañeros discutían acaloradamente. Estaba momentáneamente tranquilo después de decir lo que pensaba. Fue una discusión violenta.

Cuando cayó la noche, los hombres en la montaña se refugiaron para esperar el nuevo día, pero los que estaban arriba sabían ahora algo nuevo: que no podían seguir donde estaban, que tendrían que bajar o morir arriba, que seguramente jamás regresarían a su tiempo, que estaban en la encrucijada de dos mundos y que su presencia podría hacer oscilar la balanza a favor de uno. También habían tomado una determinación. Ignoraban el precio.

El escritor dedicó pensamientos a la gente que amaba, ahora tan lejana, a sus libros y a su obra inconclusa. Pulió sus esquíes cortos y pensó en la cuesta que bajaría al día siguiente. Renunció al tormento que era pensar.

El socorrista permaneció largo tiempo fuera de la tienda, contemplando su montaña y pensando en su familia.

El ingeniero se exprimió el cerebro buscando soluciones mientras limpiaba el revólver 44 que siempre le acompañaba en la montaña.

El médico estaba seguro de encontrarse en el sitio adecuado y en el momento preciso. Usó la luz menguante de su linterna de pilas para revisar la automática 45 y pensó sin amargura —como soltero y aventurero que era— que podía mandar al diablo un mundo sin temor. Con ligeros matices era muy pa-

recido al escritor. Se metió en su bolsa de dormir y descansó sin sueños.

Los ocho españoles abandonaron la seguridad de la arena con las primeras luces y comenzaron a trepar trabajosamente por la nieve. Tenían miedo, pues las montañas eran sitios donde moraba el maligno y aquella, con su persistente olor a azufre, parecía ser una de sus predilectas. Si su capitán general no les hubiera ordenado ir, no estarían ahí, pero necesitaban la pólvora para sostener el asedio y triunfar. Tenían miedo, pero eran soldados y cumplían órdenes.

El escritor, muy a su pesar, tuvo que admitir que tenía miedo. Una cosa es decidirse a luchar y otra hacerlo. Tenía la boca seca y el estómago acalambrado. Ni hablar, dado que él era quien mejor esquiaba, se había sacado el premio gordo... El montañista también calzaba esquíes y estaba a 150 metros de ahí.

Miedo, miedo sordo y constante. Ninguno de los cuatro había combatido cuerpo a cuerpo, él y el médico eran aficionados al karate, pero ahora las cosas iban en serio. Por contra, el escritor estaba seguro de que los españoles sí eran buenos en combate. Era una cosa enloquecedora y en aquel momento la habría abandonado de no ser ya inevitable. Su arma más confiable era la sorpresa, el miedo y superstición de aquellos. Quizás...

Tenían que paralizar a los otros con su presencia, de lo contrario serían hombres muertos. El escritor tomó una bocanada de aire helado y raquítico, y sopló con fuerza el silbato mientras saltaba hacia la pendiente con movimientos fluidos. El descenso lo llevó rápidamente en una fulgurante diagonal hasta que, haciendo una cristianía, cambió de dirección.

Esperaba que los de abajo no fueran muy buenos con los arcabuces...

El socorrista saltó tras él lanzando un grito. Dos figuras fuera de época vestidas con ropas brillantes, multicolores.

Los españoles se sobresaltaron por el ruido del silbato, jamás oído; pero lo que siguió fue peor. Unos instantes antes, la montaña estaba desierta; de pronto, surgió una figura de pesadilla acercándose a ellos. Con aterrada fascinación miraron aquello que no correspondía a sus marcos de conocimiento. Otro similar apareció tras el primero. Ambos bajaban a velocidades imposibles para ser personas. En vez de piel tenían unas envolturas brillantes y holgadas; sus ojos eran enormes y oscuros, y la parte superior de sus cabezas era de color brillante y sin pelo. Tenían grandes pies que les permitían resbalar sobre la nieve y sus brazos estaban terminados en puntas metálicas. El primero emitía silbidos terribles. ¡Eran demonios de las nieves, siervos de Satán!

Pero, demonios o no, los españoles prepararon sus armas. Un arcabuz fue disparado, pero la mano que lo sostenía no estaba firme. Tras los europeos se incorporaron, inadvertidas, otras dos figuras igualmente extrañas. Empuñaban armas de fuego y sus manos sí estaban firmes.

La descarga rápida y a corta distancia hizo saltar a los europeos como muñecos rotos. Antes de que pudieran reaccionar llegó hasta ellos la primera figura deslizante.

El escritor soltó los bastones y empuñó el corto martillo piolet como hacha de combate. Ante él estaba un español de cara rubicunda y ojos desorbita-

dos... Tenía un espadón de aspecto maligno parcialmente levantado y... no hubo tiempo de más, con un grito el escritor lo embistió. Estrelló la maza del martillo en aquella cara y perdió el equilibrio para estrellarse, esquíes por delante, contra las piernas de un arcabucero. El socorrista embistió al desconcertado grupo con los bastones como lanzas.

Con una mueca de ferocidad, el médico metió otro cargador en la 45 y corrió a participar en la matanza...

Hubo algunas detonaciones, gritos y la nieve se tiñó de escarlata. El ingeniero miró la carnicería e hizo un esfuerzo para no vomitar, pero fracasó.

El silencio que siguió fue peor. Un cuervo graznó arriba, alguien emitió un quejido lastimero. El médico rebasó a un español acuclillado con un balazo en el vientre y, con una maldición, estrelló su bota armada de crampones en su nuca. El quejido cesó.

El escritor se desprendió del único esquí que conservaba y se apoyó en el piolet para subir; su mano se llenó de sangre y de masa encefálica. Con una mueca de disgusto fue hacia los otros.

—¿Están todos bien? —interrogó una voz.

El socorrista trató de hablar con uno de los heridos; mientras este ponía los ojos en blanco, el médico se lo arrebató y le fracturó el cuello con un golpe de pistola.

—¡Viva Anáhuac! —rugió.

—¡Viva Anáhuac! —respondió el escritor sin entonación. Era grotesco —pensó— estar en el siglo XVI mirando a hombres que él, solo él, había asesinado. Había sido su idea. Se sintió vacío.

Los macehuales que permanecían abajo vieron huir al resto de los españoles ante las brillantes fi-

guras que descendían. Uno que no fue muy rápido cayó fulminado por el trueno que surgió de la mano de uno de aquellos dioses de la montaña.

Los nativos examinaron a quienes bajaban con una mezcla de temor y reverencia. Vestían con colores más brillantes que las pinturas sacerdotales y refulgían al Sol como encarnaciones de dioses poderosos. ¿Serían los verdaderos? ¿Aquellos que parecían haber abandonado a su raza a favor de los hombres blancos y barbados serían la respuesta a las ocultas plegarias de muchos? Una cosa era clara: aunque un tanto similares a los teules, no estaban con ellos: los mataban.

Se inclinaron ante los cuatro cuando estuvieron a su lado y después, tímidamente, preguntaron quiénes eran. El más alto, el que vestía enteramente de azul, color del sacrificio, se adelantó y, abarcando con un ademán a los demás y a él mismo, pronunció una sola palabra, fuerte, como una promesa de resurgimiento:

—¡Quetzalcóatl!

Los macehuales emitieron murmullos de veneración y se inclinaron nuevamente, honrándolos. Fue por eso que no captaron las sonrisas de triunfo del médico y del escritor. Faltaba un largo e incierto camino hacia el triunfo, pero era un buen comienzo. Ninguno de los dos se sentía particularmente molesto por el hecho de ser considerados dioses. De hecho, les encantaba...

* * *

Vida y obra del Gran Reformador (Fragmento)

Es muy obvio para todos los interesados seriamente en la Historia que la personalidad del Gran Reformador no tenía nada de divina. Que, aunque se dio el título de dios, lo hizo para alcanzar mejor sus fines. Es obvio también que su intervención resultó definitiva en el curso de la guerra; aunque no faltan quienes se empeñan en atribuir a Anáhuac fuerzas suficientes para derrotar a Cortés, nuestros ejércitos habían llegado al límite de su resistencia y solo la carencia de pólvora hizo retroceder a nuestros enemigos.

Ese detalle crucial fue obra de ellos, del Gran Reformador y los suyos. Sorprendente, porque cuatro hombres mucho lograron por sí solos. Y eran hombres, no dioses. Todos ellos llegaron a edades avanzadas, pero murieron igual que cualquier otro, envejecieron y tuvieron achaques a pesar de su vigor.

Sin embargo, sus actos consignados por la historia no están a discusión; el enigma lo conforma su origen. Ninguno llegó con los invasores, simplemente aparecieron de la nada. Bajaron de la montaña sagrada como dioses de otro mundo. Se dijo que lo eran, pero los estudios realizados por nuestras sondas demuestran que no existe vida inteligente en este sistema planetario. Bajaron de la montaña, eso dice la leyenda. Poseían vastos conocimientos y los aplicaron en nuestro favor. Tenían el don de adivinar el futuro, o por lo menos se les atribuye, y un indiscutible genio militar, técnico y de improvisación.

Muchas de las cosas que hicieron siguen siendo enigma, pero con su ciencia, sus costumbres y su personalidad influyeron definitivamente en la for-

mación de nuestra cultura y civilización. Parecían ser ajenos a nosotros, pero extrañamente ligados a nuestro destino; solo así puede explicarse que asumieran las responsabilidades del mando supremo. Emprendieron brillantes campañas que parecían descabelladas, pero jamás fueron derrotados. Supieron ganarse la confianza de nuestra gente y preparar buenos asistentes y guerreros osados casi hasta la locura. Esos guerreros, empuñando armas diseñadas por los cuatro misteriosos, pusieron de rodillas a ejércitos muy superiores en número. La conquista de los reinos bárbaros de Europa es el ejemplo más claro: solo diez años para vencer... No cabe duda de que inventaron armas terribles: cohetes, psicología, virus.

Nos dejaron como herencia sus postulados técnicos, científicos, filosóficos y su literatura. Mucho de todo esto aún está sujeto a polémica entre las ramas laicas y teológicas de investigación. ¡Qué tesoro de material!

Mucho de lo anterior, especialmente lo técnico, ha sido ampliamente superado; otras cosas resultaron inútiles y otras, imposibles de aplicar. El enigma sigue vigente: ¿cómo cuatro hombres pudieron reunir semejante volumen de información?

Entre lo comprensible, aplicable y superador están las consideraciones filosóficas y las matemáticas, los manuales de guerra, la medicina y la higiene. La obra literaria es capaz de volver loco a cualquiera.

Esto nos lleva al análisis de dos de ellos: aquel que tomó para sí el nombre de Ehécatl y el propio Gran Reformador. Ellos fueron los últimos en partir hacia el Mictlán, que llamaban la gran negrura, los indiscutibles líderes del equipo, como se llamaban

entre ellos. Fueron compañeros inseparables, mucho más mundanos y alegres que los otros dos; por igual bravos en la guerra y en las emociones. De los dos fue Ehécatl el que pareció dominado, en los últimos años de su vida, por el afán de aclarar el origen de los cuatro. ¡Cómo escribió ese hombre! Su pluma solo podía compararse con su lengua.

Él y el Gran Reformador se pasaban horas discutiendo sobre los más variados temas, para pesadilla de sus oyentes. Se quejaban, insultaban y se burlaban de todo. Se dice que aquello era parte de la enseñanza que deseaban transmitirnos, pero algunos irreverentes afirman que solo lo hacían por divertirse.

Ehécatl —sirva como ejemplo— dejó constancia de cosas tan nimias como recetas de cocina, apuntes para manuales de sexología y chistes —incomprensibles todos—, apuntes más serios sobre estrategia, artes marciales, la ley del amparo y la legislación del divorcio. Su estilo en broma —tenía una imaginación tremenda— está salpicado de barbaridades inexplicables como Coca-Cola, pizza, sistema de transporte colectivo, circuito interior, etcétera.

Él fue, con mucho, el más fascinante de los cuatro. Protagonizó tremendos escándalos a causa de sus muchas mujeres, tuvo montones de hijos, hay quien dice que centenares —teológicamente esto es blasfemo—, tuvo pleitos cotidianos con los sacerdotes y ordenó o tomó en sus manos la aniquilación de muchos. Junto con el Gran Reformador, y para horror de los teólogos actuales, organizó fenomenales borracheras con un bebestrijo de su invención llamado ron. Algunos seguidores místicos actuales han tomado estas costumbres como ritual para entrar en contacto con los dioses.

Las motivaciones de su obra literaria oscilan entre el desencanto y aguda nostalgia de oscuros motivos y la alegría desenfrenada por un triunfo. Abunda en afirmaciones, casi arengas, a la justicia de la gran obra, aunque a veces parece haber tristeza en sus aseveraciones.

La última aportación a la literatura de este ser fascinante fue una obra polémica, fruto, según algunos, de senilidad y deterioro mental y, según otros, de un último chispazo de genio. Escribió una novela con la que creó un género al que llamó ciencia-ficción —el significado de ésto aún arranca gemidos a los lingüista—, a la que tituló *Lo que no fue*.

Con su peculiar estilo chispeante e irreverente, Ehécatl creó la historia caótica de un mundo imposible, una visión demencial con una lógica interna característica desde entonces del género. La acción se desarrolla en parte del actual territorio de Anáhuac, en un país que a ratos se antoja un paraíso y en otros un infierno. Un sitio progresista y atrasado a la vez, contradictorio; lleno de riquezas mal aprovechadas y de personas creativas, ambiciosas, torpes, ingeniosas y soeces. Un país de cuento de horror, o de hadas, lleno de peligros y emociones, frustraciones y placeres. Un sitio llamado México.

Obra enorme y compleja, *Lo que no fue* tiene una estructura clara, como desarrollo de una extrapolación monumental, pero está incompleta pues la acción, poco antes de lo que debió ser el desenlace, termina súbitamente en un renglón único que reza: “Eran cuatro”.

¿No terminó Ehécatl? En todo caso, la obra solo fue conocida años después de su muerte; antes de eso había sido celosamente guardada... Se dice, sin

que pueda demostrarse, que fue descubierta y publicada por error. Esto, como tantas otras cosas relacionadas con la vida y la obra de los reformadores, oscila entre la verdad y la leyenda. Hay un último misterio.

Algunos eruditos respetables afirman que sí terminó la obra y que el faltante es de apenas unas páginas. Que estas páginas son guardadas —bajo pena de muerte— en la biblioteca del Gran Teocalli para evitar un colapso en nuestra identidad de raza. Se dice que en esas pocas páginas originales se encuentra la solución al enigma más grande de nuestra historia. Con evidente humor negro, se insiste en que la razón del secreto es que en ellas se dice... ¡la verdad!

¿Existe tal epílogo? Se ha tratado de relacionar con este oscuro texto mítico las últimas palabras de Ehécatl en su lecho de muerte. Las palabras son conocidas hasta por los niños de pre-calpulli: "¿Ustedes no han soñado alguna vez ser dioses? ¿No se les ha ocurrido que los pueblos de América merecían mejor suerte?"

La historia consigna que Ehécatl, antes de morir, lanzó una carcajada...

Bonus

Plano de retorno

Primo de Mersenne

—Si no deja de mirarme así, tendré que besarla, señorita.

Aranza se atragantó y no supo responder por un segundo, boquiabierta y azorada. Él sonrió y, al quitarse la gorra militar, un olor a tierra y pólvora se desprendió de ésta. Se inclinó hacia ella hasta casi besarla, como había amenazado para ser recibido con una cachetada y un buen empujón.

—¿Qué le pasa? —Aranza se tragó el "¿quién carajos?".

Él se encogió de hombros, pestañeando, con las manos en la cintura y la sonrisa franca.

—Pues ¿qué le pasa a usted?; llego a mi habitación, me la encuentro a usted y... tiene unos ojos muy bonitos y me mira como quien se ha topado a Dios o la Virgen. ¿Qué quiere que piense? Yo soy quien digo eso. ¿Qué está usted haciendo aquí?

Sólo entonces, Aranza logró reaccionar al escuchar el ruido de los caballos por el ventanal amplio, mirar la ropa del joven frente a ella y pensar seriamente si el último porro que Mar le había vendido contendría algo más.

El doctor la señaló con un dedo amenazante tras sus anteojos, sonriendo; estricto como buen matemático, pero muy buena onda el tipo.

—A ver, Aranza, necesito que tú y la maestra Mar,

o Mikky, o quien se te dé la gana de tus amigas terminen de escanear estas carpetas. Todas son para archivar y pasar al Archivo de Conservación, ya sabes cómo son de delicaditos. Y ya que tengas las capturas, van para lo de Text Mining. Al ejército le urge que le regresemos sus papeles.

—Sí, Dr. Cuauhtémoc.

—Y organízate; pensamiento concreto en acción, acuérdate. O va a venir el jefe de Informática, y ya lo conoces.

Aranza, candidata al doctorado, frunció la boca; hasta alguien tan respetable como el doctor le sacaba la vuelta al buen hombre, que de bueno no tenía nada, sí mucho de exigente y cuadrado, y ni modo, porque su firma era la única que autorizaba la calificación de Aranza y sus estudios. Porque ella se dedicaba a Teoría del Caos y a esos temas que los demás del depa de Matemáticas veían de lado. Ella no conocía al mentado Jefe y jamás lo había visto, aunque todos le temían. Sacó las cuatro cajas de madera con las cartas que había enviado el ejército por separado; todos los documentos históricos para Text Mining y método Busa, un proyecto para averiguar "patrones de coherencia política", "realismo y verdad en el discurso" y otras descripciones que a ella le sonaban a misticismo. Se puso los guantes, el delantal y la máscara; las cartas pertenecían a uno de los grupos de Ingeniería Militar bajo el mando y formación del General Tomás Martín Loya, el primero del ejército mexicano en educar a un cuerpo formal de Ingenieros. En la segunda caja halló un cuaderno cubierto con un sobre de tela, fechado como "noviembre, 1974"con la tinta azul apenas visible, sin duda era la fecha de clasificación de los milicos. Lo

sacó con cuidado; los escudos en oro del Colegio Militar y las hojas amarillentas decían a las claras que se trataba de algo mucho más viejo, lo abrió y leyó:

"Grupo de Ingeniería Táctica. Teniente J. A. V.
Ciudad de México, agosto de 1911"

Un déjà vu cabrón la golpeó con la fuerza de un tren. El paisaje de cerros y la risa de alguien, el galope de los caballos, una mascada roja... Aranza cerró el cuaderno con los dedos crispados, con el nombre "Pepe" grabado en cada línea frente a sus ojos.

Sabía de ese lugar. Sabía de ese olor a pólvora y tierra húmeda. Sabía que había estado ahí, aunque jamás antes en su vida había visto ese cuaderno. Le dolió el estómago, la cabeza, todo.

Pensó otra vez en los porros de Mar, con hierba gatera, mota kush purple, orégano, yerba santa y las gotas de CBD del Dr. Simi, mixes que nadie entendía del todo. Y la mezcla secreta de Cordyceps Flamingo Stars que Mar cuidaba como si fuera magia pura. Un escalofrío le recorrió la espalda ¿Qué le estaba pasando? La sensación de estar y no estar la invadió por completo. La certeza la aterrizó; sabía quién era él...

Quizá no era un sueño ni un invento de su mente cansada. Quizá el porro le estaba mostrando algo real. Algo que estaba ahí, justo delante de sus ojos. Lo había vivido. ¿Lo había vivido?

—¿Su habitación? Yo soy la que pregunto. Ésta es la biblioteca Gabino Barreda...

Nada más decirlo se quedó rígida, atiesada, sembrada en el piso, ¿qué le pasaba? Él la miró sin dejar de sonreír, los ojos grandes y oscuros, quemado de sol, el bigote apenas delineado sobre los labios

finos, la camisola caqui abierta con el pañolón rojo de lana anudado al cuello, la mandíbula bien definida. Aranza tragó saliva, porque el milico era guapo, porque se la comía con los ojos y no, ella no era tan fácil; pensó que él se estaba pasando de lanza acercándose así.

El tipo dio un paso más y luego otro, sin prisa, con esa manera segura y tranquila de los que han cabalgado más que hablado. Aranza retrocedió apenas un centímetro porque algo en el aire —la mezcla de pólvora vieja, campo y leña húmeda— le resultaba familiar, ya había respirado ese momento, no tenía sentido huir. No lo tenía.

Cuando estuvo frente a ella, tan cerca que casi podía oírle el corazón, él le tomó la mano con una firmeza inesperadamente suave, se la llevó a los labios y la besó. No rápido. No vulgar. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Teniente José Velasco Ávila —dijo, aún con la cabeza inclinada sobre su mano, los ojos fijos en los de ella—, para servirla a usted, a la patria... y a mi General Villa.

Aranza se quedó boquiabierta y no supo si zafar la mano, golpearlo o qué diablos. Él la miró como si fuera a devorarla entera.

—Y dígame, señorita, ¿en este lugar todas las bonitas llevan el cabello azul o nada más usted? Porque acabo de descubrir que me gusta así, ¿eh? Cortito de un lado y azul claro del otro.

Aranza frunció el ceño y cruzó los brazos. Nadie la iba a tocar ni a impresionar con halagos baratos.

—A ver, teniente, bájele dos rayitas —dijo, la barbilla en alto y los ojos filosos—. No soy premio de kermés ni adorno de cuartel.

Alzó la mano abierta frente a su pecho como un "ni se te ocurra seguir". Sintió rabia y un cosquilleo de desafío; no iba a ceder ni un centímetro.

—Ahora dígame qué hace aquí y por qué se me está pegando como si me conociera.

Él sonrió, confiado, pero Aranza no titubeó. Dio un paso atrás, lista para huir si hacía falta.

—Pues estamos en preliminares de batalla, chaparrita hermosa —dijo—, y vengo por un encargo directo de mi general Ángeles.

—¿Perdón? ¿De qué me habla? —replicó Aranza con voz firme, atenta a los ruidos de afuera. ¿Dónde estaba? Y lo peor de todo, ¿cuándo?

Él la miró entonces, de verdad, y Aranza no se dejó intimidar: bajita, con ojos rasgados y delineador negro, jeans rotos y Converse negros... el cabello azul —claro— solo le daba más carácter.

—¿Es usted gringa? Es 7 de diciembre de 1913, bonita...

Aranza hizo memoria lo más rápido que pudo, de sus apuntes de historia y de sus recuerdos de la clases con don Pedro, en la secundaria. Siete de diciembre, 1913. Santo Cristo Jesús. Un día antes de la toma de Chihuahua; ahora identificaba perfectamente el uniforme de José. Un Dorado. Un villista.

Aranza sacudió la cabeza y se quitó el tapabocas; fue al botellón del rincón y se sirvió un vaso de agua. Se persignó, besó su medallita de la beata Irinea y se bebió despacito el agua, hasta que se le pasaron las náuseas. Regresó al cuaderno y notó que era una especie de bitácora o diario, con las fechas y horas de turno y cálculos parabólicos, con dibujos a lápiz muy detallados. Ah, la trayectoria de disparos de cañón. Claro, el teniente Ávila era ingeniero; era su trabajo.

Tanto peso por bala, tanto de pólvora, tanto de inclinación en la boca de la pieza. Lugares: Comonfort, Salvatierra, Yuriria, Guachochi, Parral.

Al pasar las hojas, notó que las páginas frontales tenían información militar y sólo las de 'espalda' contenían notas escritas en elegante caligrafía Palmer. Qué raro. Ella sabía bien que en ese tiempo aún no se enseñaba en las escuelas, empezó hasta la época de Vasconcelos, después de la parte más ruda de la Revolución. Hum, ¿su madre sería texana? ¿Por qué se le habría ocurrido eso? ¿Qué chingados le importaba? Sin duda, se trataba de su madre.

La imagen de una mujer joven, de ojos grandes y oscuros, enseñando con cuidado a su niño a escribir bien. Quería que, allá en el Colegio Militar, tomaran en cuenta su trabajo. Lo peor era que Aranza no sentía que estuviera imaginando nada: más bien parecía que lo estaba recordando. El pecho se le apretó. Tomó aire, se amarró el *mohawk* con una liga y se puso a leer las notas:

Chaparrita linda peloazul, mi vida:

O sea... ¿Qué diablos está pasando? Aranza sintió sus mejillas enrojecer. ¿De quién chingados hablaba éste güey? ¿Y por qué sentía que estaba dirigido a ella?

No tengo a nadie a quien decirlo y tú no se lo dirás a persona alguna, mi chiquita, esto es un secreto nuestro, porque, para comenzar, nadie me cree. El golpe fue inmediato. No era un inicio cualquiera. El calor le subió de nuevo al rostro, pero no de vergüenza: era la quemadura dulce y dolorosa de una voz conocida, una que ya había soñado, que ya había llorado.

Bueno, has de pensar que soy un bobo, o un men-

so, o que tienes un novio al que se le cocieron los sesos en la lobera, o no le alcanzó ni para embarrada. Ya no sé qué digo, porque pensar en ti me pone triste y me hace feliz. No sé si eres una aparición o si los indios me dieron júcuri. Y no te he pedido que seas mi novia porque andas, vienes, vas y desapareces. No sé cuándo te vas a aparecer y te extraño. ¿Así cómo voy a pedirte que te cases conmigo? Porque soy un necio y mi corazoncito es un necio y los dos nos morimos por ti. ¡Qué se le va a hacer! No soy Nervo, mi chaparrita; si hiciera poemas, te llenaría el cielo de ellos, del color de tu cabello. Te cuento: el señor Felipe (ya sabes de quién hablo) me pidió llevarle otra carta al licenciado L. y no quiero. Me están pagando bien, algo muy grave se traen. Me angustia muchísimo, por más que la paga es buena y puedo mandársela a mi madrecita al Paso y de ahí, se la llevan a San Antonio. Quiero hacer un guardado para comprar tu anillo y para el terreno que vi en Querétaro, allá por el Cerro de las Campanas. ¿Te acuerdas que te conté? Quiero tantas cosas contigo... Te baste saber que soy tuyo. Todito tuyo, aunque sea un bobo. J.

Aranza dejó caer la mano con el cuaderno aún abierto. No podía abrazarlo, no podía ni siquiera tocar las hojas con la piel desnuda. La tinta —esa tinta torpe, temblorosa, honesta— le quemaba los ojos. No era la voz de un extraño: lo estaba reencontrando, como si 32 años de vida la hubieran llevado a ése único momento, en un rodeo largo para volver a él. Era alguien a quien había amado antes de alguna forma que no podía explicar.

Contuvo el aliento, las lágrimas le bajaron por las mejillas. Tragó saliva, con rabia. No era su historia.

No tenía derecho a dolerle tanto, ¿o sí? Se mordió la boca por dentro hasta casi sacarse sangre. Apresuradamente cerró el cuaderno, lo envolvió con el sobre de tela y pasó a lo que parecía una transcripción, detrás de un plano de Chihuahua:

Carta del general Porfirio Díaz, fechada en París, Francia, dirigida al general Felipe Ángeles en La Habana, Cuba, considerándolo el más adecuado para la salvación del Ejército Federal, que significa la del país [A.I.F., F9-48-XVII-(15).]
Correspondencia privada del general Díaz, París, junio 18 de 1913,
General Felipe Ángeles, La Habana, Cuba.

Estimado amigo:
No se si habrá recibido usted una carta que le dirigió el señor Limantour. De cualquier manera, le suplico que preste su atención a las ideas siguientes, que si se realizan, pueden significar la salvación de una institución que es para mí sagrada... o el ejército se sobrepone a la furia del pueblo que ya clama de una manera terrible y se establece la paz, y quizá el único Gobierno estable en México; o el pueblo aniquilará al ejército. La salvación del ejército es muy sencilla y usted es el más adecuado para éste objeto, que significará la salvación del país...

Aranza repasó tres veces las cuatro cartas frente a ella, sorprendida; hizo el *scan* y lo pasó por el algoritmo Busa, buscando *clusters* y patrones. El Text Mining hizo su trabajo, aunque no lo necesitaba para reconocer lo escrito; esas cartas eran una prueba clara de la traición del general Felipe Ángeles a la causa revolucionaria, a desmembrar las tropas con-

juntas entre Zapata y Villa con el ánimo de dejar a Carranza sin sustento, al enemistarlo con las otras fuerzas revolucionarias y conseguir que los científicos y la camarilla de Díaz regresaran al gobierno, apoyados en Ángeles, agente doble del gobierno y puesto de manera subrepticia como mano derecha del villismo.

Dios. En lo escrito, Aranza reconoció algo más que el ¿amor? hacia ella: la urgencia de proteger a la patria, de impedir que la traición triunfara. Ambos pensaban igual. La certeza de ello la desconcertó.

Eso estaba en los cuadernos de Pepe. Trató de controlar su respiración. ¿Y en qué momento se había convertido en "Pepe" y había dejado de ser el "Teniente José Ávila, para servir a la patria y a usted"?

Aranza se quitó guantes y delantal, se secó el llanto bajo la máscara y recogió el tiradero en una bolsa de basura. Tendría que arreglar esto de otra forma, tendría que ver a don Paco, el historiador. Y justo cuando estaba cargando su morral, algo cayó al piso. La bolsita con los otros dos porros. "No te pases de dos al día, o no me hago responsable de los efectos secundarios", había dicho Mar, y Aranza supo, sin que ella lo dijera, que podía acabar muy mal.

No le había dicho cuáles eran, recordó la sonrisa de Mar, la Jefa de Análisis Literario, responsable del Text Mining: sus anteojos, su camiseta de Hello Kitty. ¿Serían en verdad un riesgo? Se encogió de hombros y salió corriendo.

Aranza corrió por las calles cercanas al Edificio Carolino, hogar de la Rectoría, con la prisa que da saber que debía evitar la muerte de alguien. Esos traidores sin duda iban a matar a José cuando supieran. ¿Qué iba a ser de ella si lo perdía?

Y entonces, con una claridad brutal que le atravesó el pecho, comprendió que ya no había vuelta atrás: lo conocía, lo había amado antes y ahora estaba decidida a defenderlo —aunque no entendiera cómo había caído en esta locura ni si estaba condenada por ello.

Tocó la puerta con desesperación; quien abrió fue el mismísimo don Francisco Landa, historiador oficial del proyecto, adjunto al archivo del Colegio Militar.

Y antes de decir buenas tardes o cómo se encuentra, Aranza le soltó toda la sopa encima; el encuentro con Pepe —con el teniente Ávila Velasco— en la biblioteca... es decir, no nada más con él, sino con sus cuadernos, las cartas de Díaz, la traición de Ángeles y la urgencia de detener esa conspiración. Don Paco la miró como quien mira a un loquito del centro y la hizo sentarse en la sala encristalada.

—Aranza, repíteme la fecha de la carta...

—Junio de 1913, don Paquito.

—Estamos en julio de 2025, niña. Han pasado más de cien años; ¿Sí te das cuenta de que tu amigo... de que el teniente Ávila está muerto?, ¿que murió hace más de cien años?

La desesperación en los ojos de la joven y en su rostro fue por lo menos, hiriente.

—¡Es que usted tiene que detenerlos! ¡Ángeles es un traidor y todos lo ven como a un héroe! ¡Se lanzará contra Carranza y eso alargará la Revolución! ¡Los científicos regresarán y nada habrá cambiado, don Paco, no se da cuenta? Y con seguridad, matarán a José, lo matarán...

Don Paco, amable y con ternura, la tomó de los hombros.

—Mi niña, lo que pasó, lo que viste, fue una alucinación. No puedes salvar a alguien que vivió hace cien años, no es posible.

Aranza lo observó sin pestañear, como desafiando la imposibilidad misma. En su pecho latía algo más fuerte que el desaliento: una certeza abrupta, luminosa. La lógica entrenada de años, el perseguir inestabilidad y orden al mismo tiempo, todas sus teorías aprendidas del caos mismo, la seguridad de que el tiempo era todo menos lineal... se encabronó. Así que no le creían. Al carajo.

Salió de la oficina en una carrera, sin despedirse del buen hombre, sin cerrar la puerta, sin pensar.

"*A lo mejor los indios me dieron júcuri*", había dicho Pepe. Júcuri. Peyote. ¡Claro! Lo que usaban para hablar con los dioses, con los muertos, con los otros mundos.

Y el porro. La mezcla absurda que Mar había hecho, con ese sabor raro a sal, a caverna, a tormenta ¡Jesucristo redentor! ¡Que la beatita Irinea tuviera piedad de ella! Eso había sido. Ese era el olor que traía José encima: pólvora, humedad, leña quemada.

¡El cuaderno! Seguro el cuaderno estaba impregnado. El olor, el tacto, la voz. Todo eso abría algo. Tenía razón. Tenía que tenerla. Debía regresar, volver, advertirle. Decirle a José que rompiera con los conspiradores, que huyera. Que se quedara con ella.

Pero ¿cómo?, ¿cómo iba a lograrlo otra vez? Aranza no lo pensó. No se detuvo a buscar explicaciones ni pretextos ni permisos. Abrió la puerta de la biblioteca como quien revienta un sueño, sacó a las carreras el cuaderno del sobre de tela y frotó su rostro contra el forro de piel, encendió e inhaló el porro como quien se está asfixiando... y ahí estaba José,

en el mismo rincón, entre el camastro y el ventanal donde se escuchaba el ruido de la tropa.

Se estampó contra él. Lo abrazó como si el mundo se fuera a partir en dos, lo besó con una desesperación que ya no podía esconder; José la levantó y la sostuvo entre sus brazos, como un árbol que detiene un relámpago para proteger una flor, un intento de resguardarla del desastre que sabía que venía.

—Ángeles va a traicionarte. Te va a entregar. Lo sé. Lo leí con mis propios ojos, José, te juro que no estoy loca.

Sacó el cuaderno, temblando, y lo abrió justo en las páginas que había marcado. Él leyó en silencio sin que sus ojos se inmutaran.

—Lo sé, chaparrita. Lo iba a confrontar esta tarde —dijo con voz suave, casi resignada. La miró con una mezcla de tristeza y aceptación, como si ya supiera lo que venía, como si estuviera despidiéndose.

—Entonces quédate. Quédate conmigo.

Él le acarició el cabello, su gesto serio y tierno.

—Tengo que ir; son enemigos de la patria y de todos nosotros, mi chiquita. Alguien debe detenerlos.— Y la besó.

José salió de la habitación del cuartel —¿o era la biblioteca?— y Aranza se quedó ahí, abrazada a los cuadernos, con el corazón reventado, la certeza quemante bajo la piel de que no volvería a verlo, y la negativa a aceptarlo.

En sus nervios, se dio a inspeccionar todos los documentos, buscando más datos, algo que le diera esperanza. Y entonces lo encontró: un acta de fusilamiento.

Lo primero que sintió Aranza fue un escalofrío seco, de esos que no suben ni bajan, sólo atravie-

san. Luego, el silencio. Un silencio dentro del pecho, como si el corazón se negara a latir, como si hubiera comprendido antes que ella.

Leyó el acta una vez. Luego otra.

El nombre completo: *José Ávila Velasco, Teniente de Ingeniería*.

La fecha: *18 de junio, 1913.*

Causa: *Alta traición. Contactos con célula armada.*

Ejecución: *Fusilamiento con deshonor.*

Observación final: *El condenado se negó a la ley fuga. Solicitó que los fondos fueran liberados a la señora Ana María Ávila, en San Antonio, Texas. Dejó un mensaje verbal.*

Aranza sintió que toda la piel le ardía y se le despegaba del cuerpo. Que ella, la que leía, no era la misma que estaba ahí. El mensaje estaba escrito a mano, con la caligrafía apurada de alguien que ya no tiene tiempo:

Si algún día puede encontrar a mi chaparrita de pelo azul, dígale que yo la iba a amar para siempre.

El cuaderno se le cayó de las manos, o lo dejó caer. No supo.

El tiempo... ¿cómo se dobla el tiempo así? ¿Cómo se pliega para que uno lo cruce sin moverse? ¿Cómo se viaja a otra época sin tecnología, sin ciencia, sin nada, sólo con amor y desesperación?

No hace falta una máquina, tal vez, y la paradoja del abuelo no existe, Alice y Bob lograron verse, incluso amarse, y no es necesario doblar el tiempo en mil esquinas con un láser topológico. Hace falta creer. Hace falta arder.

Aranza rompió a llorar, sin ruido, como si su alma

estuviera demasiado lejos para alcanzarla; estaba sola en la biblioteca. José no volvería; había enfrentado a Felipe Ángeles para detener su traición a Villa y a la Revolución. Como castigo, Ángeles lo mandó fusilar, acusándolo de traidor porque sólo José sabía de las cartas secretas de Limantour y Díaz. O tal vez no. Tal vez aún estaba en alguna línea temporal. Tal vez aún había un "ahora" donde podía correr hacia él y detenerlo.

Pero ella... ya no sabía cómo llegar.

Pese a la advertencia de Mar, encendió despacio el último porro e inhaló, despacio.

Y ya no vio más.

Cuando la visión volvió, estaba sobre Cometa, el potro de José, que resoplaba y pateaba suavemente, nervioso pero decidido. El viento le revolvía el cabello azul mientras galopaban entre cerros y llanuras. Las manos le temblaban, el porro que había inhalado en exceso le pesaba en los pulmones, el mundo se ondulaba a su alrededor. Sólo el recuerdo de José la mantenía firme.

La tienda de campaña del presidente Carranza apareció entre los pinos y el polvo del camino. Adentro, la luz de una lámpara de aceite iluminaba mapas extendidos sobre la mesa de campamento, jarras de agua y café, tinteros, papeles con notas de guerra.

Dos soldados intentaron detenerla, pero el alboroto hizo salir a don Venustiano, junto con su secretaria, Hermila Galindo. Aranza bajó casi de un salto del caballo y se inclinó con respeto, las manos temblorosas al extender la carta de Díaz que José había transcrito. Su voz era apenas un susurro:

—Señor Presidente, esto demuestra la traición de Felipe Ángeles —terminó, con la respiración entrecortada.

Carranza tomó la carta, sus ojos recorriendo rápidamente cada línea. La joven notó cómo su mirada, lejos de ser distante, evaluaba la gravedad del momento con la precisión de un estratega. El presidente tendió la carta a su secretaria y doña Hermila la desplegó sobre la mesa, comparándola con otros documentos y mapas de movimiento de tropas, y asintió con la cabeza, señalando la veracidad de la evidencia.

—Muy bien, señorita —dijo Carranza con firmeza—. Esto corrobora nuestras sospechas sobre Ángeles.

—Así es, señor presidente —agregó doña Hermila, inclinándose ligeramente hacia adelante—. La evidencia es concluyente. Ha comprometido la lealtad de la revolución.

El corazón de Aranza latía con fuerza, cada palabra, cada gesto, era un recordatorio de que había cruzado un límite peligroso. El exceso de porro todavía pesaba en su cabeza, pero se mantuvo erguida, consciente de que su intento desesperado de salvar a José podría cambiarlo todo.

La visión se le nubló, las piernas cedieron y cayó al suelo con un suspiro ahogado. Cometa, dócil, se inclinó junto a ella y emitió un resoplido bajo, como consolando. Carranza dio órdenes rápidas y, aunque comprendió la urgencia de proteger al informante, la joven ya no podía moverse; la sobredosis la había vencido.

—¡Por Dios, ayuden a ésta niña! —llamó doña Hermila a los soldados, quienes acomodaron a Aranza en el piso.

El presidente, con gesto firme, hizo que sus hombres avanzaran hacia los caminos que Ángeles po-

dría usar. La traición sería castigada, pero Aranza yacía inmóvil en la tienda, con el corazón latiendo débilmente bajo el peso de su intento desesperado de salvar a José...

—Hermila, por favor, mande ésto al Colegio Militar en México —dijo don Venustiano.

Su secretaria lo miró, el gesto de interrogación congelado en el rostro.

—¿Señor presidente?

—Más vale que lo tengan ellos, son gente muy capaz y sabrán salvaguardarlo.

Doña Hermila asintió y preparó un paquete. En tanto, los esfuerzos por volver a Aranza en sí parecían inútiles.

—Ingeniero Ramírez.

El Jefe de Informática había acudido de inmediato al llamado del historiador a cargo.

—Don Francisco, dígame.

—Una de sus aspirantes al doctorado logró llegar a un escenario, por así decirlo. Un escenario tangible. Con pruebas.

Ramírez se ajustó los anteojos y asintió secamente.

—¿Me permite verlas?

Landa le entregó el texto escaneado y el especialista en patrones leyó a gran velocidad.

—Esto es caligrafía Palmer, don Paco —soltó una risita—, es una prueba inválida. El General Ángeles no conocía ese método. Otra mano escribió esta carta y es evidentemente una calumnia. Esto no representa ninguna prueba de traición que pueda ser usada por los enemigos de la patria —se encogió de hombros—, y hasta ahora el algoritmo ha funcionado. Las políticas son estables y mantenemos el go-

bierno como lo solicitó el general Díaz, hace más de cien años, a favor de México.

Don Paco ahogó el estremecimiento. No le dijo a Ramírez que había dejado el cuaderno original en manos de Aranza. Ramírez lo acompañó a la puerta y éste dijo:

—Por favor, solicite a la Mtra. Mar García la descalificación de su candidata, la señorita Otaolaurruchi; no apruebo su último trabajo. Le retiraremos la beca. Es una pena, parecía una joven prometedora. Buenas tardes.

Don Francisco Landa cerró la puerta despacio, sin mirar atrás. El golpe seco del cerrojo automático resonó en su estómago como una sentencia. Se quedó un momento con la mano apoyada en la madera, los nudillos blancos.

Sabía que la decisión estaba tomada. Aranza no sólo había cruzado una línea, la había volado con dinamita. El sistema no perdonaba ese tipo de insolencias. "Un escenario tangible"... ¡Dios! Ella había tenido en sus manos una anomalía, una fisura en la narrativa oficial. Y la había entendido. Peor aún: había actuado en consecuencia.

Sacó un Marlboro y lo encendió, inhalándolo con rabia; Ramírez lo había despachado con una facilidad que lo enfurecía. Palmer. Como si todo se redujera a una letra cursiva.

Miró su reloj. A esas horas, Aranza debía estar aún en la biblioteca o quizás... No. Debía advertirle. No le debía fidelidad al sistema. Le debía algo a esa muchacha que se había atrevido a ver.

Tomó su abrigo y salió al pasillo. El ascensor le pareció insoportablemente lento. Al fondo, en la pantalla mural, el general Díaz sonreía desde el en-

cuadre holográfico. “Estabilidad, Orden, Patria”. Las letras parpadeaban, seguras de sí mismas.

Don Paco bajó la mirada y pensó con una claridad que no sentía desde hacía décadas: “Me van a desaparecer con ella.” Casi soltó la carcajada. Casi. ¿Cuántas veces había estado a punto de pasar eso? Y entonces, con más resolución que miedo, echó a andar. No, no iban a capturarlo; era el menos sospechoso, un historiador más, alguien adjunto al inmenso archivo del Colegio Militar. Eso no impedía que siguiera guardando los datos. Tal vez la siguiente ocasión tendrían más suerte.

—¿Se solucionó? —preguntó José Ives Limantour, jefe de los científicos, sin mirarlo.

Ramírez asintió con aplomo, frente al clon del antiguo secretario de Hacienda del presidente Díaz.

—La anomalía ya no representa una amenaza, licenciado. Retiramos a la alumna del sistema, su acceso está restringido, sus respaldos, borrados.

—¿Hubo contacto con otros elementos?

—No hay evidencia de contagio cognitivo. Nadie más parece haber seguido el patrón. Fue un error de ruido en la secuencia onírica: un sueño con carga emocional residual. Hemos procedido según protocolo.

—Bien. ¿Y la narrativa?

—Inestable, aunque quedó contenida. Nunca alcanzó coherencia suficiente para integrarse al sistema. Fue… apenas un desvarío. El algoritmo no lo reconoce como parte de la historia oficial.

—Excelente. Entonces…

—Todo está bajo control.

—¿No existe un posible plano de retorno?

Ramírez calculó rápido. ¿Dos a la treinta y dos menos uno? Tal vez. Era escaso.

—No, señor.

Aranza duerme. Ya no discute. Sólo duerme con los párpados apenas agitados por un estremecimiento irregular.

A veces sonríe. A veces llora.

En su sueño, está sentada bajo una jacaranda, con el cabello suelto y los pies descalzos. José llega en su caballo. La mira como si acabara de salir de un incendio, con los ojos llenos de amor y derrota.

—¿Viniste?

—Le dije que volvería por usted, mi alma.

—¿Esto es real?

—Tan real como usted ordene.

—No me dejaban verte...

—Nadie puede alejarla de mi, ni de mi cariño.

Él la toma de la mano, la monta en el caballo. El viento huele a pólvora y jacarandas. Al fondo, una loma como de postal. El cielo quieto, como si no corriera el tiempo. Querétaro, Cerro de las Campanas.

Ella voltea una vez hacia atrás, hacia los salones, las bibliotecas, el laboratorio de Informática, los cuadernos. Todo se disuelve como tinta mojada.

—¿Y tu mamá?

—Recibió el dinero.

—¿Y tu chaparrita de pelo azul?

José la miró, lleno de ternura y acomodó sus cabellos, de ese color, tras la oreja. Besó su mejilla. Y su boca.

—¿A poco cree usted que ella se iba a olvidar de mí, si la quiero tanto?

Aranza no pudo evitar la oleada de amor; como si algo dulce y frágil se quebrara dentro de ella. José siguió hablando.

—Yo iría por usted, por ti, en todos los tiempos, mi chiquita... en todos.

Cometa, el potro dosalbo, pareció afirmar con un resoplido y los dos rieron. El aire olía a leña quemada, sal, pólvora y hierba gatera... ¿por qué sería?

Para el doctor Cuauhtémoc Campos, el tiempo no era lineal. En eso coincidía con Aranza. La noción clásica de pasado, presente y futuro era solo una percepción: útil, sí; elegante, sí; pero incompleta. En los lluviosos días recientes, esa idea se le pegaba como humedad: no lineal, no lineal, no lineal.

Y sin embargo, ahí estaba, sosteniendo con manos trémulas la esquela:

"Con profunda pena, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y el Departamento de Matemáticas Aplicadas y Estudios de Caos lamentan el fallecimiento de su alumna, candidata al doctorado, Aranza L. Otaolaurruchi, el día 30 de agosto de 2025..."

—¿Así está bien, doctor?

La encargada de comunicación social le hablaba desde lejos. Cuauhtémoc asintió con un movimiento mínimo, apenas perceptible. Habían pasado unos pocos días. Unos pocos. Y no lograba creerlo. Los médicos hablaban de fallo en el corazón; otros, de coma repentino. Nadie sabía bien a bien.

Mar y Mikky se veían tristes; Aranza en el féretro, no. Hasta lucía feliz.

Mar se acercó y le puso en las manos la medalla de su beata favorita: Irinea de Zarpa, patrona del Tiempo.

Y tal vez —sólo tal vez— Aranza ya no estaba ahí desde antes de morir. Cuauhtémoc suspiró.

Porque si el tiempo no es lineal, y el amor tiene su

propia geometría, su propio camino a saltos, ¿quién puede asegurar en qué punto comienza el adiós?

Ah, carajo... ¿de dónde le había llegado semejante idea a la cabeza?

Suspiró, sacó su paraguas y salió. Afuera, la lluvia seguía su marcha.

Índice

Nota editorial 5

Calaverita al Gran Reformador
Rafael Alvazález 7

INTERTEMP-POL. Notificación Roja.
Se busca a nivel intertemporal Héctor "N"
Héctor Sapiña 11

Preludio anecdótico a una gran crónica
Rafael Alvazález 17

Crónica del Gran Reformador
Héctor Chavarría 21

Bonus

Plano de retorno
Primo de Mersenne 37